

Mario Bellatin

Carta sobre los ciegos para uso de los que ven



Mario Bellatin
Carta sobre
los ciegos para uso
de los que ven

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el pozo.

Mateo 15:14

Le pregunté sobre lo que entendía por espejo: "Una máquina —me respondió— que pone las cosas de relieve, lejos de sí mismas, si están convenientemente colocadas en relación a ella. Es como mi mano, a la que no tengo que colocar junto a un objeto para sentirla."

Denis Diderot

Nota del editor. En la tradición japonesa existe un tipo de relato denominado *Moroa Monogatari*. Se trata de textos cuyos protagonistas son siempre discapacitados. Este tipo de narración se puso de moda en la isla tras los sucesos de Hiroshima.

Habitamos, Isaías, en la Colonia de Alienados Etchepare. Allí mismo, donde los recluidos convivimos con jaurías de perros salvajes, imposibles de erradicar. Los grupos de ayuda animal protestan cada vez que las autoridades intentan tomar medidas para impedir que los canes ataquen a nuestros compañeros. De cierta manera, todos aquí somos considerados pacientes. Los perros aprovechan cualquier descuido para matarnos a dentelladas. Principalmente a los internos con problemas de ubicación. A quienes de pronto ignoran dónde se encuentran y salen sin más, en medio de la noche, hacia el bosque que rodea los pabellones. Pero nosotros, Isaías, los ciegos y sordos, somos diferentes. Nos encontramos hospedados en otro punto de la Colonia de Alienados Etchepare, una institución pensada originalmente sólo para dementes. Quizá para que no les hagan preguntas con respecto a nuestra permanencia en un lugar semejante, de vez en cuando nos mantienen ocupados con algunos cursos que nos dictan un grupo de maestros invitados. El último lo llevó a cabo un escritor que, descubrimos luego de tratarlo, era un sujeto carente de talento. Fue la conclusión a la que llegó el grupo después de su intervención: se trataba de un escritor fracasado. Las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare nos trajeron, Isaías, a un autor que dejaba mucho que desear —para colmo físicamente deforme— con el fin de que nos impartiera un curso al final del cual, y de allí en adelante, seríamos capaces de redactar —sin necesidad de abandonar el lugar donde nos encontramos recluidos— nuestros propios libros. El sujeto llegó con la idea de lograr que entre los miembros del pabellón creáramos un texto en conjunto. Yo estoy internada aquí contigo, Isaías, sé que es inútil decírtelo: eres ciego y sordo como yo. Pero a diferencia mía, tú no ves ni escuchas. Yo, en cambio, soy ciega como

tú, pero puedo llegar a oír algo. Lo sabes perfectamente, pero siempre quieres que te repita cómo, a partir de una colecta pública, se logró que me sometieran a una operación de implante coclear, la manera en que se conoce la inserción en el oído de un aparato que amplifica millones de veces los sonidos alrededor. En tu caso, Isaías, como sabes, no fue posible conseguir los fondos necesarios para una intervención semejante. Es por eso que eres ciego y sordo a la vez. Mientras tanto, mi trasplante debe servir para los dos. Esa fue la orden que dio nuestra madre luego de que me repuse de la operación. Por ese motivo, más que un par de ciegos y sordos que siempre andan juntos, para muchos somos casi hermanos siameses. Debemos estar unidos el uno al otro, Isaías, en todo momento. Yo llevo cargada del cuello, atada con una cuerda gruesa una computadora portátil donde voy anotando lo que sucede en la vida cotidiana, lo que escucho a lo largo del día. Esta computadora está conectada al aparato electrónico de Braille que tienes contigo siempre entre las manos. Se trata de un instrumento en forma de tubo donde se van activando señales según las teclas que yo presione. Es de ese modo como te has ido enterando en todo este tiempo, Isaías, de los pacientes muertos a consecuencia de los perros salvajes que habitan en los bosques de la Colonia de Alienados Etchepare. De las marchas que, de vez en cuando, organizan en las afueras de la institución los grupos de defensa de la vida animal con el fin de impedir que las autoridades acaben con las jaurías. Te he contado más de una vez que jamás nadie ha reclamado por la muerte de un loco. De este modo también —mandando señales a tu aparato— te voy explicando, Isaías, los pormenores del curso que nos imponen esta mañana de primavera. El escritor contratado llega al salón, lo presentan sin demora para, muy rápidamente, dejarlo solo con el grupo. De inmediato advierto que este maestro no tiene experiencia en tratar con ciegos. Lo intuía. Eso me lo corroboran tanto tú como, semanas

después, la supervisora de la Colonia de Alienados Etchepare, quien me describió cómo, al comenzar a explicar la forma en que iba a ofrecer el curso, movía con un énfasis exagerado el único brazo del que dispone. Apenas el maestro entró al salón, tú, Isaías, me mandaste el mensaje informándome que se trataba de un creador mediocre. Me dices que lo has sentido por el vaho que te llegó por medio del olfato. Qué destreza la que has desarrollado, hermano, de reconocer y reconstruir a las personas por el aliento que emanan. Pero tratemos, Isaías, de no decir más acerca de las sesiones de trabajo de este taller de escritura que nos ha impuesto el comité directivo de la Colonia de Alienados Etchepare. Nuestra madre estuvo de acuerdo, una vez que fuimos conectados uno al otro a través de los aparatos que cargamos el día entero, con la decisión de mantener nuestros secretos ocultos a los demás. Ese pacto, Isaías, de no hablar demasiado de las cosas que nos son ajenas, que no provienen de nuestro interior, lo hemos mantenido casi intacto. Habrá quienes creen que la información compartida va en un solo sentido. Mi computadora —que, como sabes, no abandono nunca— recibe también mensajes que me envías en forma constante. Los hay de toda índole. Casi siempre son asuntos divertidos los que me participas a través del tubo que llevas aferrado entre las manos. Sin embargo, Isaías, hay algunos que preferiría no fueran emitidos. Son los que, por lo regular, llegan a horas de la madrugada cuando me encuentro profundamente dormida, anunciándome que tienes la necesidad de utilizar el baño. Estando en el lugar donde nos encontramos, la Colonia de Alienados Etchepare, además de la pereza que me produce levantarme para conducirte a satisfacer tus urgencias, está presente el peligro que significa recorrer a oscuras las instalaciones del lugar. Ya te he contado, Isaías, que hasta ahora las víctimas de los perros que habitan en los alrededores han sido siempre pacientes seniles o dementes. Sin embargo, hasta hace relativamente poco me

he puesto a pensar que tanto tú como yo somos parte del grupo de los internos más vulnerables. Lo hacemos con regularidad: salir ambos con dirección a los baños ubicados fuera del pabellón. Dos hermanos caminando a tientas, acechados por jaurías de perros en estado salvaje. A veces pienso, Isaías, en las razones que pueden llevar a los ciudadanos a clamar con furia —desde acá puedo oír de vez en cuando los gritos que emiten durante sus manifestaciones— por el respeto a la vida animal. Algunos de los manifestantes aducen que los animales han estado allí desde siempre. Que descienden, Isaías, de los perros que criaba el doctor Etchepare antes de morir y donar la mansión que habitaba con el fin de convertirla en una institución para enfermos mentales. Pero, según los testimonios escuchados, es imposible que todos estos canes provengan de una misma familia. La supervisora con quien converso de vez en cuando me cuenta que hay perros grandes y pequeños, de distintas formas y colores. Me parece, entonces, más creíble la teoría de que se trata de perros abandonados por sus dueños que, hartos de criar al animal, lo arrojan en la zona trasera de la institución donde, me han contado, los muros están derruidos. El crecimiento de las plantas y malezas se confunde con lo que fueron los límites originales de la Colonia de Alienados Etchepare. La supervisora me refirió que cierta vez las autoridades de la institución y los líderes de las brigadas de defensa animal llegaron a un acuerdo: iban a recoger a los perros para trasladarlos a zonas alejadas. No los matarían, Isaías, sólo iban a ser reubicados. Fueron días de mucha actividad. Cuadrillas de hombres ingresaron a las instalaciones, seguidos de varios de los dirigentes. Me dicen, Isaías, que se tuvieron que utilizar incluso dardos anestésicos para cumplir con la misión. Que en total hallaron cerca de cincuenta perros que habían hecho sus madrigueras en los lugares más recónditos de la Colonia de Alienados Etchepare. Al enterarme de estos detalles, Isaías, pude darme cuenta de que nos encontramos

en un territorio realmente grande y plagado de vericuetos. La misma supervisora me contó que aquella operación resultó inútil. Que se llevaron a los animales a cientos de kilómetros de distancia hacia el sur. Los transportaron a una zona boscosa y allí los soltaron. El fracaso del operativo se hizo evidente porque dos semanas después, los animales habitaban nuevamente en la Colonia de Alienados Etchepare como si nada hubiera sucedido. Y parece que regresaron hambrientos porque en aquel tiempo ocurrieron dos ataques mortales contra grupos de pacientes. Desde entonces se dejó de elaborar estrategia alguna en contra de las jaurías. Continúan allí. Me dicen que casi nunca se dejan ver. Sólo se aprecian algunos ejemplares, los que se han hecho amigos de ciertos pacientes e incluso —esto sólo es un rumor— de algunos empleados de la institución. Yo siento su presencia en las noches. Oigo que husmean alrededor de nuestro pabellón de vez en cuando. Sé también que no sólo se alimentan de los desechos de la cocina en el área de los basureros, sino que las brigadas que los protegen dejan costales de comida en la parte trasera de la propiedad, donde el muro se va deshaciendo hasta confundirse con la vegetación. Es uno de los misterios con los que convivimos: que luego de la fallida operación de traslado, las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare no hayan vuelto a tomar medida alguna en contra de la población canina. Me parece una actitud casi tan incorrecta como la de mantener dentro de las instalaciones al grupo de ciegos y sordos que habitamos este pabellón; y tan curiosa, asimismo, como la contratación de este escritor que va a tratar de enseñarnos la manera de redactar nuestros propios libros. Lo que vamos a intentar durante los próximos días, comenzó diciendo... y allí se interrumpió, Isaías, o yo ya no capté lo que quiso expresar. Empecemos, repitió. Mucho gusto; soy escritor y lo que pretendo hacer esta semana con la ayuda de ustedes es que entre todos construyamos un texto. Un libro. Así empieza el curso,

Isaías. Luego de presentarse como te lo acabo de describir, nos informa que le parece superada la idea clásica acerca de los géneros literarios. Es cosa del pasado, recalca, hablar de novela, cuento o ensayo. Quiero que hagamos un texto que no lleve ninguna de las etiquetas de costumbre. Desea un escrito, Isaías, que dé la impresión de haber sido realizado por una sola persona y no por el grupo en general. Pretende llevar a cabo semejante ejercicio con el fin de recrear, en cada uno de nosotros pero de manera colectiva, lo que experimenta un autor cuando escribe en medio de la soledad más absoluta. Nos pide que no hagamos caso, Isaías, a impedimentos externos. Y menos aún a las limitaciones físicas presentes en cada uno de quienes estamos reunidos en el salón. En este momento llegan más compañeros. Piden que los disculpen. Algunos aducen que se perdieron en el camino. Alguien dice que preguntó la dirección a un transeúnte y lo mandaron por la ruta contraria. Otra asegura que a la hora pactada no estaba disponible el chofer que la traería a tiempo a la Colonia de Alienados Etchepare. Tanto tú como yo, Isaías, sabemos que es mentira. Que ninguno viene de otra parte. Que todos nos encontramos internados de manera clandestina en uno de los pabellones que integran la Colonia de Alienados Etchepare. Para muchos aquello da la impresión de ser motivo de vergüenza. Tanto tú como yo lo hemos discutido más de una vez: si nos sentimos cómodos perteneciendo a una institución pensada sólo para dementes. Hablamos también de las condiciones en las que se encuentra, con problemas de calefacción y suministro de agua, y las no tan higiénicas medidas —eso me lo ha contado, Isaías, la supervisora en un momento de franqueza— con que preparan nuestros alimentos en la cocina. Ahora el escritor está explicando lo mismo al grupo que acaba de llegar. Nos está diciendo de nuevo a todos, incluidos nosotros dos, que la idea de sus visitas de estos días será la de recrear lo que sucede en el estudio de un escritor cuando se encuentra sin nadie al

lado. El momento en que se enfrenta, sin compañía, a su propio trabajo. Uno suele sufrir cuando está realizando un texto, nos aclara. Se trata de un dolor algunas veces más espiritual que físico, continúa, aunque se detiene a describir la forma en que la mano se le cansa con frecuencia. Nos pregunta, entonces, que quién de nosotros no ha escuchado decir a los aspirantes a escritores que en ocasiones se bloquean o que no cuentan con el tiempo necesario para dedicarlo de manera completa a una práctica semejante. Otros se quejan de no poseer los conocimientos suficientes que les permitan redactar algo que valga la pena ser leído por los demás. Solemos pensar, continúa diciendo el maestro, que hay una manera única de hacer las cosas. La regla en este curso, Isaías, va a consistir en que cada uno de nosotros elabore solamente una cuartilla. Lo que pido es, dice el maestro, que de aquí al viernes tengamos un libro terminado. Yo entiendo que muchos de ustedes sufren de dificultades físicas. Sé que algunos no pueden ver; otros no oyen; hay dos que ni ven ni escuchan. Yo mismo debo teclear mis escritos en una máquina Underwood utilizando sólo un dedo. Sin embargo, no deseo que nuestra condición sea impedimento para lograr nuestro objetivo. Hoy es lunes. De aquí al viernes contamos con cinco días completos de trabajo. Recuerden que debe tratarse de un texto que posea la suficiente calidad literaria como para ser publicado en este y en cualquier otro país. En mi vida de escritor he realizado constantemente ejercicios semejantes, nos cuenta con una seguridad tal, Isaías, que cualquiera podría pensar que se trata de alguien famoso. El maestro continúa. Tú y yo sabemos que este curso no nos va a servir en lo más mínimo. Pero no tenemos escapatoria. Ni siquiera contamos con la persona adecuada para quejarnos. La supervisora con la que suelo comunicarme acaba de irse. Nos abandonó, Isaías, apenas presentó al escritor. Seguramente no aparecerá por el pabellón en los próximos quince días. Es más o menos el lapso que deja pasar entre

visita y visita. Tampoco estamos en la capacidad de aducir una enfermedad. Esta tendría que ser una afección doble. Tú y yo enfermos de lo mismo. Estoy segura de que no nos creerían. Y estoy segura también de que nada ganaríamos acostados todo el día en nuestras camas. Mientras tanto, Isaías, el maestro nos repite que el ejercicio que pretende llevar a cabo con nosotros lo ha aplicado antes a diversos grupos. Lo ha puesto en práctica con contingentes de inmigrantes que no llegaban a dominar bien ningún idioma. Con señoras de la alta sociedad. Le tengo —eso dice ahora, Isaías— especial cariño a quienes siguieron el curso luego de ganar algunos premios literarios en su comunidad. Someterse a esta experiencia de manera gratuita era parte del premio. Eso, Isaías, debe ser mentira. Es absurdo. ¿Cómo va a ser posible que un galardón literario incluya un curso para aprender a escribir? Ahora mismo alguien dice algo. Se trata de la muchacha aquella, Aníbal, la que ofrece masajes en un puesto que ha montado en la terminal del transporte público del sur de la ciudad, en un espacio conocido por muchos como “de las frotaciones de la ciega”. No, Isaías, Aníbal no se trata de un hombre: es una mujer, ciega como nosotros. Aunque a diferencia nuestra, sí puede escuchar sin necesidad de aparato alguno. Es envidante pero oye. Como cuando éramos niños, Isaías. Debe estar acostumbrada a llevar la vida propia de los ciegos de nacimiento. Seguramente, como yo antes, sabe tocar algún instrumento y puede, es probable, desplazarse por la calle guiada sólo por los sonidos del ambiente. Lo siento, Isaías, pero no pude captar lo que Aníbal quiso expresar. Ignoro siquiera si llegó a decir algo. Quizá ni terminó la frase. Ahora, como de costumbre, me pierdo un poco. Sin embargo, parece que alguien, no sé exactamente quién —no tengo la certeza de si se trate de la misma Aníbal— habla del posible uso de fotografías en los textos que estamos por crear. El maestro contesta, parece que algo sorprendido, que no esperaba semejante intervención. Que no

imaginó que alguno de nosotros expresara el deseo de utilizar fotos para ilustrar los trabajos. Afirma que le llama la atención que seamos precisamente alumnos ciegos los que pretendamos algo semejante. El maestro está preguntando, Isaías, si alguno de nosotros sabe de la existencia de fotógrafos ciegos en el mundo. Todos se quedan callados. Dice que a lo largo de su vida ha conocido a dos. Uno de ellos estuvo casado con una actriz famosa y fue finalmente apresado por traficar con drogas. Qué espantoso lo que dice el maestro. ¿Te imaginas, Isaías, lo que puede significar estar encarcelado sin tener la opción de ver ni oír? ¿Sin tener noción de la realidad, Isaías, nada menos que dentro de un centro penitenciario? Voy a apuntar en mi cuaderno de notas para preguntarle después al maestro si sabe algo de la vida carcelaria de ese fotógrafo ciego que dice conocer. ¿Qué pasaría con nuestras existencias si fuéramos acusados de cometer un delito? Eso sería tu fin, Isaías. Me gustaría preguntarle al maestro, repito, y en algún momento lo haré, cómo pasa sus días preso el fotógrafo ciego que traficó con drogas. El otro fotógrafo que el maestro dice conocer es alguien oriundo de Europa Central. Un lituano que nació tuerto, Isaías, y que, en la infancia, mientras jugaba con otros niños, sufrió un accidente que le hizo perder la visión del ojo que le quedaba. Ese hombre acostumbra, hasta el día de hoy, organizar exposiciones y dar conferencias en distintos países. Cada vez que acaba alguna de esas intervenciones, como si fuera una manera de despedirse de su auditorio, se pone de pie delante de su mesa de conferencista, con una sonrisa en la cara, levanta la cámara y toma una foto a los presentes. Luego de hablarnos acerca de estos dos fotógrafos que dice conocer, el maestro señala que debemos tratar de escribir cosas que no estén escritas. Esto, Isaías, me parece una obviedad. ¿No lo crees, acaso? Quiere explicarnos que escribir lo ya escrito es asumir que se está realizando una copia. Ya no tengo duda, Isaías, de que el maestro que

contrataron los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare piensa que no tenemos criterio. Quizá sea una de las razones por las que no parece importarle nuestra presencia. No te lo he dicho antes, disculpa, Isaías, pero casi desde el principio tuve la impresión de que el maestro en realidad habla consigo mismo. Entre otros motivos lo pienso porque de manera constante cambia de un tema a otro sin mayor transición. No creo, Isaías, que te hayas percatado de algo semejante porque yo, tu hermana, he tratado de evitarte esa incomodidad. Así pues, cada vez que siento que el discurso del maestro se vuelve incomprensible, te lo voy modificando, te lo hago más asequible, con el fin de no crearte mayor confusión. Ya bastante tienes con ser ciego y sordo. No veo el motivo por el cual un discurso deshilvanado deba empeorar tu situación. Una cosa es lo que yo te transmito y otra muy distinta lo que nos dice el maestro. Registro mayormente ideas, divagaciones que parecen dirigirse hacia un punto para, de pronto, tomar una senda que soy incapaz de comprender. Isaías, tú sabes, además, que, en honor a la verdad, tampoco podemos confiar, ni tú ni yo, en la efectividad absoluta de mi implante coclear. Y mucho menos en mi destreza para teclear todo el tiempo lo que voy escuchando alrededor. Tampoco confiamos, Isaías, ni en mi entendimiento ni en mi manera de comprender el mundo. Sabes que hago lo que puedo. Que trato de ser la hermana abnegada con la que soñó nuestra madre cuando hizo posible, después de tanto esfuerzo, que se me sometiera a la operación que nos une. Esa madre de la que odias oír hablar, Isaías, por habernos abandonado aquí... No, Isaías. Espera... No lo hagas, por favor. Te lo pido: no apagues el tubo y me dejes escribiéndole a la nada. Te prometo que si no lo haces, tocaré lo menos posible el tema de nuestra madre. No sabes lo horrible que puede llegar a ser la conciencia de encontrarme tecleando, con toda la rapidez de la que soy capaz, sabiendo que mis palabras no son recibidas por nadie. Y, como te lo he dicho